

recónditas cifras anímicas y viscerales. El realismo se ha cubierto de halos discretos. Sin duda, el fragor de las torrenceras se capta, en toda su magnificencia, desde altozanos estratégicos. Todo es cuestión de gusto, de posiciones estéticas.

Veamos la imagen de un personaje: "Mientras comíamos, apareció Magdalena. Digo "apareció", dado su aspecto fantasmagórico. Alta y delgada, coronada por una cabellera multicolor. Semejaba una vela. Encendida. Daba la impresión de ser ella la novia".

Las notas románticas no llegan a hundirse en delicuescencias. Rodrigo Quijada utiliza con frecuencia la frase breve, cortada en momentos imprevisos. No llega a desarticular las proposiciones, pero las secciona en su fluencia enumerativa.

Cuando un libro se ha trazado en ese registro estilístico, los riesgos son muchos. Porque el chispazo, si no tiene ingenio y profundidad, fatiga, se hace monótono.

El autor de *Bajo un silencio*, también maneja con seguridad el período de gran aliento. Con habilidad, ha introducido en su novela extensas tiradas de viejo y noble estilo.

Inicia un párrafo con sus latigazos habituales: "Recuerdos. Potencialmente recuerdos. Se sabe que ahí están".

En seguida, como río que desborda sus ímpetus, surge la exposición intensa, con remansos no detenidos por la puntuación nerviosa: "Y que cualquier día, a la hora que sea, en la mañana, en la tarde, en la noche, al amanecer, al crepúsculo, al anochecer, estarán donde están, viviendo, estáticos, a la espera de una llamada, de un nervio o de un nervículo, de una linterna contra las pupilas, de un dedo oprimido entre el marco y la bisagra, de un añejo suspiro de alguien en alguna parte, de todo y de nada, de nada más que todo...".

Saludamos en Rodrigo Quijada la presencia de un futuro buen novelista. El mismo llevará a efecto las necesarias decantaciones de su estilo. Pero desde ahora, su visión novelesca es sincera e inteligente.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At402-117CTVM10117>

*La cuerda tensa*, de WALTER GARIB. Editorial Universitaria.  
Santiago de Chile, 1963.

El poeta Mahfud Massis hace la presentación del joven escritor Walter Garib. En las iniciales palabras de su interesante prólogo dice: "Después del poema —vinculado aún al obscuro secreto de la alquimia— nada, en la aventura del lenguaje, seduce tanto a mi corazón como un cuento escrito con preclara nobleza".

Estas afirmaciones resumen toda la trayectoria estética y esencial del arte literario. Porque no es fácil llegar hasta las auténticas raíces del verso. Tam-

poco son frecuentes los cuentos de transparente motivación y arquitectura estilística.

La obra del novel autor se titula *La cuerda tensa*. Es una colección de siete narraciones bien concebidas, realizadas con donaire, su idioma cuidado, con unos granitos de suspenso, concretos al final.

El primero de ellos, *Desenlace imprevisto*, es la visión truculenta de un asesinato, de una muerte en los mismos recintos del cementerio.

Con habilidad, con delectación de raigambre necrofílica, el autor, después de haber tensado los hilos de la trama, llega a una declaración, tal vez adecuada para iniciar su relato: "Por eso preferí mantener hasta el día de hoy la reserva de este hecho, tan doloroso, insólito, descabellado e increíble".

*Cómo asesinar a un tío* presenta raudales de un humorismo casi negro. A veces, el chiste pugna por estallar, pero Walter Garib, con buen sentido de las proporciones, se detiene, no consuma la voltereta.

Este cuento, especie de crónica de un libro estrafalario, es como un soberbio manotazo tremendista. Por su gracia, cabe señalar algunos de los consejos que señalan el derrotero del crimen, si no perfecto, concreto por lo menos.

"Permanezca junto a su elegido. Mírelo con fijeza y trate de demostrarle, primero con la sola expresión de los ojos, que a él algo extraño le sucede. Ocúltese a menudo tras las puertas y sálgale al paso de improviso, formulándole preguntas plagadas de incoherencias con voz altisonante y chillona. Grite a su víctima, exacérbase con ella a menudo, insúltela con cautela, evidencie ira, encolerícese. Si ella resiste... ármese de paciencia para provocarle otra de las muertes recomendadas en este libro".

*El póker de los políglotas* tiene la gracia de unos diálogos vivos. Pero su articulación no es completa. El cuento flota como deshilachado.

*El bastón de chonta*, historia única, polifacética, encierra varias situaciones de indudable densidad novelesca.

Ahí están insinuadas, tres situaciones valiosas. La del protagonista narrador, otra acotada en el título de un libro, *Tribulaciones de una Atribulada*, y la que surge del posible simbolismo del título. En general, ¡cuidado con la caprichosa distribución de las comas!

Walter Garib ha fundido las tres vertientes. Para llegar a un cuento bien concebido, distribuido con armonía.

El bastón de chonta adquiere simbolismos: "Continúo en el viejo desván escribiendo ahora mis memorias, y soñando poseer algún día un sanatorio para alienados y un bastón de chonta con empuñadura y contera de marfil".

*Retrato de un adolescente* acusa influencia de Oscar Wilde. Las interpolaciones del autor son discretas y elegantes.

*Roque del Dragón* nos remite a una anécdota vinculada al juego de ajedrez. Destaca la precisión del diálogo.

Razón tiene el prologuista de esta obra al decir que los cuentos de Walter Garib están trazados geoméricamente desde el comienzo. Justo será agregar que semejante disposición geométrica, felizmente, presenta el ropaje de la frase escueta, sin adornos, limada con paciencia. Excelente comienzo.

VICENTE MENGOD